

# UN PRÓLOGO EN TORNO A LA VIOLENCIA<sup>1</sup>

Por: Alberto Pacheco Benites

«No hay tiempo para el temor  
ni para la esperanza,  
sólo queda buscar nuevas armas»

GILLES DELEUZE – *Conversaciones*

El mundo derrama violencia. La violencia de nuestro sistema socio-político y económico, la violencia de nuestras prácticas y lógicas mediáticas, la violencia de los afanes reaccionarios que aparecen alrededor del mundo en los últimos años. Desde las formas de vida precarizadas que dejan en la supervivencia –o en la explotación– a buena parte de la población, hasta los conservadurismos y extremismos, pasando por una falta generalizada de empatía, así como por un desentendimiento de la problemática ecológica, todos son rasgos de algo que atraviesa diversas realidades: la violencia. Jugado un poco con la frase, podríamos decir que hay un fantasma que recorre el mundo entero: la violencia normalizada, que atraviesa todo.

Si se trata de algo que acontece en prácticamente toda las instancias y dinámicas de lo social, es porque se condice con las lógicas que sustentan los propios ritmos de la Modernidad en su conjunto y los sistemas e instituciones que hacen parte de ella. Así, desde la competencia como forma de interrelación, hasta el sometimiento al régimen informacional y su aceleración. Por ello, lo que buscan estas líneas es, primero, echar luces a aquello que inaugura el reguero de violencia del mundo moderno y sus mutaciones (de los albores de la Modernidad al neoliberalismo y sus formas). Asimismo, se recorren las diversas manifestaciones de la violencia actual (neoliberal y digital), tratando de hacer una cartografía de las manifestaciones de la violencia, articulando luego con el aporte del libro de Kevin Boileau.

## DE LA VIOLENCIA PRE-LIBERAL A LA VIOLENCIA NEOLIBERAL

Las dinámicas violentas de lógica de la Modernidad pueden ser rastreadas hasta el propio humanismo renacentista, un momento anterior que resultará determinante para el derrotero de su curso. Y es que, antes de la consolidación del Capitalismo clásico o de la política propia del Liberalismo (protagonistas desde los albores del Siglo XVIII y parte constituyente del paradigma y el sistema modernos), e incluso antes de la concreción del espíritu racional (propio del pensamiento ilustrado), ya se manifiestan rasgos de una violencia que suele ser adjudicada a las dinámicas modernas del sentido. Así, pues, es más bien al amparo del humanismo renacentista, que se sentarán las bases para ciertas formas de la violencia moderna.

Es durante ese periodo que la relación del hombre con la naturaleza sufrirá un viraje. Ésta pasará a ocupar el lugar de una *cosa*, de un *objeto* que ha de ser comprendido como aquello *para ser*

---

<sup>1</sup> Este texto fue publicado originalmente en inglés y constituyó el prólogo del libro *The Inauthenticity of Human Violence: A Critique of Modernity* (Montana: EPIS Press), escrito por el Dr. Kevin Boileau y lanzado en agosto de 2021.

transformado, utilizado o empleado por el *sujeto*. El vínculo con la naturaleza cambia puesto que, a partir de entonces, no será posible siquiera empatizar con aquello que ha quedado reducido sólo a su condición de *cosa* o –más enfático aún– a su condición de «recurso explotable». La concepción de la naturaleza como *objeto* cuya utilidad reside en su transformación y en las operaciones que se realizan sobre él (es decir, en su conversión en «recurso natural»), va a ser el correlato de la consolidación de un sentido utilitario del mundo por parte del hombre<sup>2</sup>.

A su vez, este viraje se corresponde con colocar al hombre en la centralidad del sentido; primero como un interpretador y articulador del mundo (algo propio del humanismo hasta su versión renacentista) y, posteriormente, como un *transformador* que debe operar con la naturaleza. Esta posición de un «sujeto activo» respecto a la pasividad del objeto natural es característica de una apropiación extractivista que podía ser considerada de un tenor violento respecto a la naturaleza en sí. De allí que, antes de considerar esta clase de dinámica como de heredada únicamente del pensamiento liberal, cabría tener en cuenta estas mutaciones pre-liberales.

Por otro lado, es importante señalar que esta forma de pensamiento circunscribiría procesos tan violentos como el de la colonización del continente americano, así como las grandes primeras explotaciones extractivistas de recursos naturales.

Si bien, tal como reflexiona el libro de Kevin Boileau, en el corazón de la lógica liberal y capitalista late la base para la constitución de una dinámica violenta de los sujetos, lo cierto es que para la realidad de América (desde la Patagonia hasta Alaska, pasando por las islas del caribe) y para sus procesos de violencia contemporáneos, cabría considerar aquella violencia pre-liberal como algo resonante. Y es que los desbordes actuales de violencia en el continente estarán marcados por diversas consecuencias de formas de violencia rastreables hasta el propio proceso de invasión y colonización (acaecido en el contexto del paradigma humanista del renacimiento), cuyas taras aún arrastramos. Es sobre la base de esa violencia como forma de vida, de esa violencia legitimada mediante mecanismos de explotación y dominación, que se instauraría posteriormente el aparato liberal y sus dinámicas<sup>3</sup>.

De modo que, hacia el Siglo XVIII, con el posterior surgimiento de la tríada constituyente del sistema moderno (Capitalismo, Democracia Liberal, Ciencia de herencia Newtoniano-Cartesiana), lo que acontece es la aceleración y la optimización de estas dinámicas del poder y de dominación: éstas formarán parte del entramado producido por la mutua consolidación de tales sistemas.

Así, por un lado, la ciencia enfatizaría la relación *sujeto-objeto*<sup>4</sup>, privilegiando un abordaje técnico y de optimización productiva respecto a la naturaleza, lo que impulsaría el motor de la Revolución

---

<sup>2</sup> Vaga mencionar que, para el Siglo XX, incluso el propio hombre caerá bajo esa lógica de la utilidad.

<sup>3</sup> Pensemos, sino, en la depredación de los recursos naturales –sobre todo minerales– que acontecen en diversas partes del territorio de América del Sur desde el Siglo XVI (el caso paradigmático es el de las minas de plata de Potosí), así como toda la discusión en torno a la condición de los indígenas, respecto a quienes urgía determinar, por ejemplo, su condición de bárbaros o de salvajes, su condición de «hijos de dios», es decir, su mismísima cualidad de «humanos», tal como que se ilustra en los famosos debates de la «Controversia de Valladolid», entre Bartolomé de las Casa y Juan Ginés de Sepúlveda. En ambos casos se evidencia una centralidad del hombre respecto a esa naturaleza-objeto, así como una división que luego enfatizaría y ahondaría las desigualdades durante la constitución de los diferentes Estados en América.

<sup>4</sup> Véase.: Bruno Latour, *Nunca fuimos modernos* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2007).

industrial que se gestaría en su seno. Ello, al tiempo de que el aparato de *saber-poder* que desplegarían las Ciencias Sociales, al servicio de la *razón de Estado* y de la *gubernamentalidad* posterior, consolidaría formas de ejercicio de poder moderno<sup>5</sup>.

Por otro lado, el Capitalismo se consolidaría como forma de relación económica por excelencia, cambiando, además, las formas culturales y políticas para siempre. Tanto desde su versión inicial, más mercantilista, como en la línea de la propuesta económica liberal más clásica, el aparato productivo resultará imprescindible para la constitución y consolidación del Estado-Nación<sup>6</sup>.

Finalmente, la lógica de la política liberal permitiría articular ambos sistemas y no sólo se consolidaría como la forma política de la gestión de ese Estado-Nación, sino que además introduce una concepción nueva del individuo, sus derechos y las lógicas de representación.

Sin embargo, esta tríada de sistemas articulados que sirven de base para la Modernidad y que se colocarían como la brújula para el proyecto del *progreso*, la forma en la que se podría cumplir la supuesta *promesa* ilustrada en torno a alcanzar un «mundo mejor», no terminó más que por configurar las expresiones de violencia más brutales que se habían conocido hasta entonces.

Así, la búsqueda de reforzar un Estado-Nación democrático y liberal, que se reservara el monopolio de la violencia legal y la coerción (algo que estuvo en el corazón del propio surgimiento del Estado<sup>7</sup>), devino durante el S. XX en la trágica aparición de diversas formas de totalitarismo y en la ocurrencia de desastres bélicos, incluidas dos Guerras Mundiales. Por otro lado, la idea de una riqueza general (y mejora social) sobre la base del crecimiento del mercado a partir de la lógica capitalista, sirvió de base para la aparición de formas de desigualdad y de explotación que generaron diversos desbordes sociales desde, incluso, el propio S. XIX, cuando aparece la discusión en torno a «la cuestión social». Finalmente, la ciencia y el pensamiento científico, así como la fe en el progreso técnico, no sólo agudizaron la relación de dominio/extracción/abuso respecto a la naturaleza, sino que también estuvo al servicio de aquellas tragedias bélicas, así como del aparato productivo. Dicho de otra manera, en lugar de constituir la *via regia* para el supuesto avance y progreso –como ocurría en los sueños cartesianos, ilustrados y luego positivistas–, la ciencia pasó lejos de configurar algún tipo de salida.

Es así que este andamiaje moderno (Capitalismo, Liberalismo, Ciencia) reforzó las dinámicas de violencia que han sido característica durante los últimos siglos. De modo que, si se quiere trazar una suerte de «genealogía de la violencia» contemporánea, se debería considerar toda la articulación de aparato moderno, así como aquellos rasgos que decantan de un periodo previo a su consolidación. Y es que, nuevamente, es con el giro del humanismo, que sitúa al hombre como articulador del mundo, cuando se sientan esos rasgos.

Sin embargo –continuando en el ánimo de tal recorrido genealógico– habría que hacer énfasis en las dinámicas de la violencia contemporánea, que ciertamente suponen algunas mutaciones respecto a la

---

<sup>5</sup> Véase.: Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)* (Buenos Aires: FCE, 2006).

<sup>6</sup> En esa línea, la propuesta de Adam Smith en *La riqueza de las naciones* vincula al crecimiento del Estado precisamente con la consolidación del mercado nacional. Dicho crecimiento, además, pasaba por un cuidado de los individuos y evitar su alienación, algo que pasa lejos de las dinámicas del Capitalismo actual.

<sup>7</sup> Véase.: Charles Tilly, *Coerción, capital y los estados europeos (990-1990)* (Madrid: Alianza Editorial, 1992).

violencia de mundo moderno. Y es que, si bien con la Modernidad se inaugura una lógica de aceleración de las dinámicas sociales y humanas, será en las últimas décadas del SXX (y hasta nuestros días) que dicha lógica se va a acelerar aún más, a aniveles inusitados. Así, las formas de la violencia actual se condicen precisamente con la mutación del liberalismo en neoliberalismo y con el desborde comunicacional contemporáneo, que la colocan de forma diferente en el contexto social.

### **SOBRE NUESTRA VIOLENCIA NEOLIBERAL-DIGITAL**

Habría que partir por plantear que, incluso cuando sus lógicas centradas en el individuo bien han servido como base para las lógicas de violencia posterior, lo cierto es que el Liberalismo clásico no había instituido aún dinámicas que exacerbaran el sentido del dislocamiento y erosión de todo el tejido social. El neoliberalismo, en cambio –y como bien rastreó Foucault en su análisis biopolítico–, va a colocar tanto a la competencia exacerbada para todos los espacios de lo social, como la concepción del sujeto como un recurso de sí mismo, como las bases sobre las cuales articular las dinámicas sociales<sup>8</sup>. Y así, con la concepción del neoliberalismo no sólo como una configuración económica, sino como toda una concepción de la sociedad, se abrió puerta a un despliegue de la violencia sin precedentes. Digamos, si las bases del pensamiento moderno inauguraron el camino de derivas violentas, la aceleración neoliberal las llevaría a los límites de sus desbordes.

En ese sentido, para dar cuenta de algunos de los amplios alcances de la violencia actual, se proponen aquí tres «frentes» de la violencia contemporánea:

a) La violencia del propio sistema. Está enclavada en la propia concepción que el neoliberalismo propone de la sociedad y en su racionalidad económica. Y es que los procesos de competencia exacerbados entre sujetos, así como la precarización general de las condiciones de vida (sea a través de la privatización de los servicios o de la flexibilización y desregulación laboral), supone la configuración de dinámicas violentas en variopintos –aunque complementarios– niveles.

De un lado, implica arrojar grandes sectores de la población a las dinámicas de la supervivencia, sin las condiciones mínimas garantizadas para una vida digna o bajo la dictadura del «sálvense quien tenga». Por otro lado, coloca a los sujetos en el lugar de representar una amenaza para la supervivencia del *otro*, en tanto todos compiten para mejorar principalmente sus capacidades adquisitivas. Así, bajo la sombra de la precariedad y del afán competitivo como *dictum* de la cultura, se acumula la violencia, al tiempo que disminuyen las posibilidades de crear vínculos.

Resulta violenta, pues, esa forma en que el neoliberalismo nos arroja a la supervivencia como forma de vida. Es algo que va más allá que la mera focalización en el individuo, propia del Liberalismo; aunque se enraíza en ésta, supone una mutación al respecto. Se trata, en cambio, de una salvaguarda caníbal de los niveles de vida, a razón de las posibilidades de acceso de cada individuo a servicios

---

<sup>8</sup> Mientras las propuesta ordoliberales de entreguerras ya le otorgan un lugar privilegiado a la competencia y a colocan como el *médium* por excelencia para las relaciones sociales, el neoliberalismo norteamericano de la Escuela de Chicago en adelante, además, se encargará de colocar a la optimización productiva del sujeto como en valor por excelencia. Ello llevando incluso a una nueva forma de subjetividad, la del «empresario-de-sí». Véase: Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)* (Buenos Aires: FCE, 2007).

cada vez más privatizados. Servicios, éstos, que precisamente tienen que ver con las condiciones de vida digna y que son medulares también para el éxito y el bienestar de la sociedad en su conjunto (salud, educación, vivienda, etc.) y que pasan de ser una preocupación del *común* a tranzarse con la misma lógica de las mercancías. Así, se puede *acceder/adquirir*, devorándoles opciones a *los otros* (por ley de oferta-y-demanda) que no cuentan con las condiciones de base para una posible o factible «competencia» justa de accesos.

En tal sentido, hay un salto considerable al pasar del *individualismo liberal* a la *necro-política neoliberal*, basada en las capacidades de acceso y que implica gestionar la muerte para grandes sectores del planeta, a partir de las posibilidades económicas. Mientras el primero incubaba una concepción violenta de las relaciones y las dinámicas inter-relacionales a nivel personal, la segunda legitima esa forma de competencia como forma de vida deseable, proliferando a casi todas las esferas la violencia de no considerar al otro como parte del mismo problema sino como competencia por excelencia. El «exitismo económico» o ese «culto» contemporáneo al crecimiento de las posibilidades económicas, es correlato de ello. Del mismo modo lo es la marginalización y estigmatización de la pobreza y la falta de accesos: toda la línea de razonamiento entorno a que «el pobre es pobre porque quiere». Eso deviene en unas formas de una violencia aún más explícita y generalizada.

De allí que esta aceleración capitalista marque una diferencia respecto al Liberalismo clásico que, por más que haya sentado las bases de esta concepción, no legitimaba ni expandía tal tipo de dinámica nivel planetario.

Pero esta relación entre neoliberalismo y violencia se extiende mucho más allá de las propias lógicas de lo económico y remite a una forma distinta del ejercicio fáctico de la violencia institucional. En buena cuenta, el contexto de lo neoliberal ha necesitado siempre de la violencia para imponerse o perpetuarse. Así, por un lado, está el hecho de que el propio neoliberalismo y su aceleración hayan sido impuestos de forma brutal a través de dictaduras (Chile y Argentina en la década de 1970), antes de haberse vuelto hegemónico a nivel global, mediante los gobiernos de Thatcher y Reagan. Ello, sin considerar, los niveles de brutalidad a los que puede apelar la salvaguarda del orden económico neoliberal frente a posibilidades de cambio. En tal sentido, los estallidos sociales de los últimos años (desde las manifestaciones de *Occupy*, hasta las revueltas que desbordan en Latinoamérica desde 2019, siendo el más reciente el de Colombia en 2021, pasando por los «chalecos amarillos» en Francia, entre muchas otras), dan cuenta los decibeles de violencia con los que puede llegar a rugir la respuesta institucional. En una línea similar de análisis, algunas propuestas han dado cuenta de cómo la imposición de una dinámica neoliberal supone casi la fundamentación de un estado de «Guerra civil» en las sociedades<sup>9</sup>. Finalmente, tal como se mencionó, el neoliberalismo aparece como «receta» siempre que se da una institucionalidad destruida (sea por dictadura o por guerra), puesto que es un contexto como aquel el que cede tantos espacios de organización social a ese criterio generalizado de despolitización de las estructuras y privatización de las dimensiones social. Ya el propio Foucault

---

<sup>9</sup> Véase: Éric Alliez y Maurizio Lazzarato. *Wars and Capital* (Pasadena: Semiotext(e), 2018) y también: Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio* (Buenos Aires: Paidós, 2002).

explora una línea similar cuando detecta el neoliberalismo introduce una lógica por la cual es el funcionamiento y eficiencia económica donde se fundamente la legitimación del orden estatal<sup>10</sup>.

Por otro lado, sin embargo, la violencia fáctica también opera a un nivel menos «macro», impregnando los entornos más próximos en las diversas sociedades alrededor del globo. Es el caso del dramático aumento de los niveles de criminalidad y de transnacionalización de los conflictos (algo que acontece de la mano con el incremento del negocio armamentista internacional cada año). Y Hardt y Negri habían señalado a inicios del Siglo XXI que el *estado de excepción* se convertiría en una constante en un mundo de guerras generalizadas y perennes, así como hacia el 2019 Lazzarato apunta que hoy más bien se trata de «una época de indistinción, de hibridación entre estado de derecho y estado de excepción»<sup>11</sup>.

A ello habría que agregar lo que ocurre con la actual proliferación de la criminalidad o el narcotráfico, así como la cultura de la violencia desatada hasta las fibras más minúsculas de la vida cotidiana. Estamos asistiendo a aquello que ha sido referido como una «privatización de la guerra»<sup>12</sup>, es decir, la proliferación de zonas de combate alrededor de las diversas sociedades y que funciona como una totalización de la lógica violenta que reemplaza a los grandes conflictos bélicos como ocurrencias aisladas (a la usanza del Siglo XX). Allí reside también otra mutación a considerar y es que, mientras en el orden moderno esa violencia fáctica institucional se correspondía con un reforzamiento del Estado como figura, en el contexto neoliberal la violencia se disipa y pasa a impregnar diversos estamentos de lo social. Toda la proliferación de la cultura de las armas en sociedades como la norteamericana y los ataques perpetrados en escuelas y centros comerciales son sintomáticos de ello.

b) La violencia de lo mediático. A razón de trazar algo ilustrativo, podría abordarse desde dos puntos de entrada. En primer lugar, desde la propia lógica de lo mediático; en segundo lugar, a razón de lo que ocurre con los contenidos y discursos.

Con respecto a lo primero, se trata de algo que suele ser quizá menos «evidenciable» y se corresponde, por un lado, con la violencia «soft» del *régimen informacional* contemporáneo<sup>13</sup>. Es decir, con el sometimiento a la violencia de la velocidad y de la saturación informativa que se imponen como norma y que transforman las sensibilidades y la constitución incluso antropológica de los sujetos, transformando sus formas de razonamiento. Esa imposición se configura por la vía del acoso de las pantallas, presentes como el *médium* por excelencia por donde se desarrollan y desenvuelven casi la totalidad de nuestras existencias, incluido el desarrollo y configuración de nuestra propia subjetividad. Se trata de una forma de violencia concretada desde el éxtasis del instante, la violencia de la comunicación total y desbordada, que erosiona también el tejido social al desconectar a los sujetos por la vía de la hiperconexión tecnológica. Violencia que pone «en órbita» digital y acelerada los afectos, las relaciones y la forma misma de constituir (o no) vínculos. Berardi

---

<sup>10</sup> Véase: Michel Foucault, *El Nacimiento...*

<sup>11</sup> Véase: Maurizio Lazzarato, *El Capital odia a todo el mundo* (Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2020), p. 11

<sup>12</sup> Véase: Franco «Bifo» Berardi. *Futurabilidad* (Buenos Aires: Caja Negra, 2020).

<sup>13</sup> Véase: Alberto Pacheco Benites, *Mutaciones de nuestro Régimen informacional* (Lima: UCAL, 2018).

incluso enfatiza cómo asistimos al tiempo de una generación que no sólo ha recibido más lenguaje de una máquina que de su propia madre, sino que además en una ausencia del contacto con el cuerpo del otro<sup>14</sup>.

Por otro lado, esta misma dimensión centrada en la lógica mediática también se condice con el carácter algorítmico de la violencia. Es decir con la capacidad que tienen las plataformas y los medios digitales de transformar nuestras vidas en datos. Esto es, el modo en que nos constituyen en banco de datos individuales que pueden ser empleados como material de mercado para la forma más reciente del Capitalismo, que los explota casi como si se tratase de commodities. Este aspecto, que parece haber concretado la propuesta deleuziana en relación a una «sociedad del control»<sup>15</sup>, supone – por su carácter siempre más intrusivo y acaparador– una cierta violencia del propio sistema respecto a la vida de los sujetos.

Es un rasgo que va más allá de las discusiones en torno a las implicancias a nivel de la privacidad de los sujetos o en torno a las alteraciones que esto supone con respecto a la libertad de información, hoy tan en boga<sup>16</sup>. Y es que, además de ello, lo que enfatiza esta lógica es el afán por «depredar» recursos, característico de la industria digital actual. Es decir, la capacidad por generar cada vez más y mayores parcelas de extracción de datos en los vastos territorios de nuestras vidas, que terminarán progresivamente cada vez más mercantilizadas y comercializadas. Así, tal como en otra configuración del Capitalismo, la naturaleza se convirtió en ese territorio a «conquistar» en una lógica extractivista, hoy los gigantes de lo digital parecen arrojados al mismo espíritu, solo que en relación a campos que tienen que ver con la producción de nuestra propia subjetividad y vida<sup>17</sup>. Hay también en ello un afán por violentar territorios de la vida social. Y es que, finalmente, implica la consolidación de una estructura de servicios monopolizados por un puñado de empresas privadas que se arrojan la potestad de dominar y controlar funciones sociales y servicios que hoy se consideran necesarios e indispensables para los sujetos.

Todas estas implicancias, sin embargo, se corresponden con esa primera dimensión de la violencia mediática, que recae del lado de las lógicas y el funcionamiento.

La segunda dimensión, en cambio, tiene que ver con una dinámica más bien discursiva de los medios en relación a la violencia. Estos la han terminado por mitridatizar violencia en la sociedad, del mismo modo en que se inocula un veneno hasta hacernos inmunes. Los medios, pues, nos han hecho inmunes a los efectos simbólicos de cierta violencia.

Al margen de los funcionamientos violentos de la lógica mediática (sea por velocidad o por saturación, sea por la capacidad de subsumirlo todo en una dinámica de mercantilización de los

---

<sup>14</sup> Véase: Franco «Bifo» Berardi, *Héroes. Asesinato masivo y suicidio* (Madrid: Akal, 2015).

<sup>15</sup> Véase: Gilles Deleuze, «Post-scriptum sobre las sociedades de control» en: *Conversaciones* (Valencia: Pre-Textos, 2006).

<sup>16</sup> Desde hace ya varios años, los efectos de «cámaras de eco» o el denominado «filtro de burbuja» aluden al hecho de que la gente consume la información que se condice con sus prejuicios y hábitos de consumo por decisión del algoritmo, lo que en última instancia sólo afianza posiciones y prejuicios ya propios de los usuarios. Véase: Eli Pariser, *El Filtro burbuja* (Madrid: Taurus, 2017).

<sup>17</sup> Ya hacia la década de 1970, Félix Guattari había adelantado que el Capitalismo que estaría por venir (al que denominó «Capitalismo Mundial Integrado») tendría el foco de sus operaciones económicas precisamente en la propia subjetividad y su producción. Véase: Félix Guattari: *Plan sobre el planeta. Capitalismo mundial integrado y revoluciones moleculares* (Madrid: Traficantes de sueños, 2004).

rincones de nuestra vida convertidos en datos), al margen de ello, también hay una operación en términos de los efectos simbólicos y lo discursivo.

A lo largo de las últimas décadas y de forma anterior a todo el estallido digital, los medios han inoculado la violencia. La «violencia real», digamos, queda normalizada y se convierte en parte de lo cotidiano por efecto de la dinámica imaginaria de los medios. Y es que, al normalizar la presencia y el tratamiento de la violencia manifiesta, ésta ha pasado a convertirse en parte del paisaje cotidiano. Desde la criminalidad urbana y las expresiones brutales de delitos extremos, hasta el terrorismo o los efectos del narcotráfico, todos los desbordes de la manifestación de violencia (con)forma nuestro buffet cotidiano de imágenes. Ello ha terminado por normalizar tales contenidos, al tiempo que disminuye el impacto simbólico de sus efectos. Es algo que deviene de traslapar –en el mismo flujo acelerado de las imágenes sin profundidad– desde los crímenes más atroces hasta las noticias de entretenimiento, todo atravesado y disuelto por efecto de la aceleración de las pantallas omnipresentes. Así, en paralelo, esta clase de sucesos se hacen parte de lo aceptable en el entorno cotidiano (devienen normales) y también –en un efecto casi irónico– contribuyen a configurar un estado de zozobra, de estado de alarma generalizado, a razón de evidenciar la violencia campante, sobre todo en razón de criminalidad urbana o terrorismo.

Por otro lado, el tratamiento mediático con respecto a la violencia suele recaer en dos vicios comunes. En primer lugar, al *marginalizar* y *estigmatizar* a determinados grupos o poblaciones (migrantes, pobres, etc.), construyendo o reforzando estereotipos con relación a la violencia, enfocando su cobertura en imaginario relacionado mayoritariamente con ciertos sectores (geográficos y demográficos). Esto no sólo contribuye a la erosión de tejido social en su conjunto, sino que reduce las posibilidades de entablar lazos de empatía.

En segundo lugar, sin embargo, cuando los medios han de tratar violencia extrema o criminalidad brutal (asesinos seriales, crímenes escabrosos, atentados, matanzas colectivas, etc.), se opta más bien por aislar la violencia, colocándola como algo casi ajeno del propio tejido social. Para ello, la explicación y cobertura suele centrarse –principalmente– desde el lado de la patología psiquiátrica de los perpetradores. Y, si bien es claro que en muchos de los casos esa «patologización» puede ser acertada, lo cierto es que esa clase de explicación aislada, así como la cobertura mediática de la misma, termina convertida en una suerte de «fábrica de monstruos»<sup>18</sup>. Se prefiere aislar a ciertos «monstruos» (enfocando el problema en el individuo), más que hacer eco sobre las dinámicas violentas del propio sistema y la violencia que este configura, desde sus lógicas económicas o políticas y que, en última instancia, produce a tales individuos.

Resulta más sencillo pensar en términos de unas cuantas «manzanas podridas» que recaer sobre aquello que macera la violencia de una sociedad. Tal es caso, por ejemplo, de las condiciones económicas, de las políticas públicas, de los niveles de precarización generalizada o, incluso, las propias dinámicas de lo mediático. Es sabido que la actual epidemia de estrés y de angustia se relaciona con estas condiciones de vida, así como con las formas del razonamiento mediático del

---

<sup>18</sup> Alberto Pacheco Benites, *Mutaciones de nuestro...* p. 102-107

mismo modo en que la privatización de la guerra ya mencionada se vincula a una cultura generalizada en pos de las armas.

En cualquier caso, es necesario considerar estas dimensiones de lo mediático de cara a entender cuánto de la lógica neoliberal-digital incuba en su seno las vetas por donde se cuelan las formas de la violencia actual hasta desbordarnos.

c) La violencia reaccionaria. En este contexto, azotado por violencias que son de tenor más *macro*, se ha hecho evidente que en los últimos años las respuestas reaccionarias frente a las posibilidades de cambio o cuestionamiento son también de una violencia muy marcada. Lo cierto es que el surgimiento del neofascismo, de extremismos expandidos, del retorno de racismo expresados de forma abierta, así como de intolerancia de todo calibre alrededor de mundo da cuenta también de una generalización de la violencia en su peor versión.

El avivamiento de diversos discursos de intolerantes y extremistas, así como la proliferación de la represión institucional muy marcada, son sólo síntomas del escenario violento que hoy nos acosa. Por mencionar sólo algunas muestras de ello, se podrían considerar: desde las respuestas inmisericordes de los gobiernos latinoamericanos respecto a las manifestaciones que siguen en curso en los últimos años<sup>19</sup>, hasta el azuzar la toma insurreccional del Capitolio de Estados Unidos por parte fanáticos conspiranólicos, pasando por el atropello de gente en manifestaciones anti-racistas de BLM o pasando por el surgimiento de movimientos abiertamente neo-nazis en Europa. Se trata de niveles desbordantes de la violencia a razón de una intolerancia y una contra-empatía desatada y que se enmarca en un fenómeno ya hartado y bien identificado desde diversos ángulos. Así, mientras Badiou habla de un «fascismo democrático»<sup>20</sup>, Lazzarato refiere a un claro «neofascismo»<sup>21</sup>. En el caso de la respuesta institucional, la idea de una «contrarrevolución sin revolución»<sup>22</sup>, parece describir bien el escenario. De cualquier forma, nuevamente, todo está enmarcado en el contexto de la precarización y las desigualdades suscitadas desde la racionalidad económica neoliberal. Es allí donde se incuban los descontentos que bullen y terminan por estallar, así como es en torno a dicho sistema que se esgrimen defensas reaccionarias<sup>23</sup>.

Tal como se mencionó en líneas anteriores, en el corazón del neoliberalismo late la violencia fáctica, sea en la dictadura, sea en la represión o, más profundamente, en la desarticulación generalizada de las instancias de politización de lo social. Y es que, finalmente, es en la despolitización generalizada de la sociedad (otra de las acciones neoliberales por excelencia) donde subyace la causa de estas

---

<sup>19</sup> Se pueden contar por decenas el total de los fallecidos en las manifestaciones suscitadas en Colombia (2021 y aún en curso), Perú (2020), Chile (2019-2020) y Ecuador y Haití (2019), entre otras.

<sup>20</sup> Véase: Alain Badiou, *Badiou contra Trump* (Buenos Aires: Capital Intelectual, 2020).

<sup>21</sup> Véase: Maurizio Lazzarato, *El Capital...*

<sup>22</sup> Véase: Bernard E. Harcourt, *The Counterrevolution: How our Government Went to War Against its Own Citizens* (New York: Basic Books, 2018).

<sup>23</sup> Bien ha dado Davies a llamar a este contexto como el de un «Neoliberalismo punitivo», en el que la precarización y los mecanismos de endeudamiento de grandes sectores de la población es característico de una etapa «en la que gobiernos y sociedades liberan el odio y la violencia sobre miembros de su propia población», véase: William Davies, «El nuevo neoliberalismo», en: *New Left Review*, N° 101, Nov-Dic 2016, p. 139.

manifestaciones actuales. Allí pueden rastrearse los orígenes de este rebrote contemporáneo de extremismos, que vuelven como el pus en llaga que porfiadamente no ha terminado de sanar.

Si el neoliberalismo se ha encargado de despolitizar sistemáticamente la educación y los diversos estamentos de la sociedad, ¿cómo esperamos construir una noción de ciudadanía que pueda incluir formas de diálogo, en lugar de arrastrarse por los vericuetos de la reacción, la cerrazón y la intolerancia?

En buena medida, esta dinámica constituyente de lo neoliberal –que propugna y promueve despolitizar todas las dimensiones de la sociedad– se condice con la tendencia hacia los conservadurismos y extremismos de diverso calibre. Ante la carencia (o la erosión generalizada) de espacios de organización y diálogo político y ante la preponderancia de los flujos informacionales extasiantes como principal fuente de información actual, no es de extrañar que los discursos facilistas y extremos (sustentados en las más supinas pasiones) sean los preponderantes. En tiempos de censuras algorítmicas (que nos ofrecen sólo aquello que refuerza nuestros consumos) y de la proliferación viral de *fake news*, no debe sorprender que nuestro entorno despolitizado sea perfecto para la propagación de todo tipo de comunicación pro-reaccionaria. Es el caso de las teorías de conspiración respecto a supuestos planes macabros en pos de una suerte de dominación global; por ejemplo, la risible teoría de QAnon o el negacionismo respecto a las vacunas contra la COVID-19 así como, en el caso latinoamericano, el supuesto «Nuevo Orden Mundial» de corte neo-marxista que –dicen– aliado al Foro de Sao Paulo pretende destruir a la familia y el Estado, además de un largo etcétera sobre el que no vale la pena ahondar. Se trata, en todo caso, de un rechazo que es correlato a tildar de extremista, comunista (o algo similar) a cualquier alternativa que vaya contra un supuesto orden a defender.

De modo que, para decirlo en términos más concretos, si son despolitizadas las relaciones sociales (desde las posibilidades de organización sindical hasta la educación y sus contenidos) y en su lugar se instituye el flujo indiscriminado de información digital como principal referente, resulta casi obvio que se derive en dinámicas tan violentas como las actuales. Y es que, sobre la base del descontento general producto del neoliberalismo, se enfatiza frenéticamente aquella información que corrobora y refuerza la estrechez de nuestras propias convicciones y puntos de vista. Así se suprime toda opción de diálogo, de crítica y la posibilidad de empatía política queda totalmente desterrada.

Lo vital es resaltar que ambas dinámicas no pueden considerarse de forma separada, ambas son constituyentes del orden neoliberal-digital y ambas sientan las bases para la proliferación de la violencia a los niveles que atestiguamos hoy en día. Hay, en la lógica de tales funcionamientos, una *via regia* a la normalización de la violencia como forma de expresión.

Si el neoliberalismo ha configurado algo, con su privilegio por la competencia, con su precarización generalizada, con su despolitización de lo social, es precisamente una erosión de todo el tejido de lo social desde diversos frentes, abriendo puerta a la violencia como forma protagónica de nuestro tiempo. En paralelo, el discurso mediático ha normalizado la presencia de la violencia, la han vuelto digerible para la sociedad, así como sus lógicas han reforzado la erosión de la crítica y los espacios de diálogo, reemplazándolos por el «éxtasis del flujo» informacional, por la violencia de la velocidad y la violencia de la tiranía algorítmica de nuestros consumos.

Nuevamente, la violencia de nuestro tiempo está cimentada en el propio pensamiento del paradigma moderno y en la dinámica capitalista y liberal desde su versión más clásica, pero es importante enfatizar cómo la crisis de la Modernidad y de su orden institucional aceleró estas dinámicas hasta arrojarnos a estas diferentes versiones de la «hiper-violencia» neoliberal-digital.

### **HORADAR LA VIOLENCIA: EN TORNO A ESTE LIBRO**

Se han derramado océanos de tinta en todos los idiomas para (d)enunciar la violencia. Y nunca serán suficientes y nunca dejará de ser una labor urgente.

Nuestros tiempos urgen de su abordaje y de su tratamiento crítico desde cuantos frentes sea posible. Siempre será necesario, si se quiere, atacar sus articulaciones desde todas las trincheras que pudieran establecerse, de cara a tratar de construir una sociedad (y una humanidad) al menos más consciente con respecto a las derivas de violencia que la atraviesan.

En ese sentido, la propuesta de Kevin Boileau ofrece una mirada que permite una operación crucial: volcar las diversas dinámicas y funcionamientos del sistema hacia la constitución y estructuración de los sujetos. Se trata de un abordaje respecto a cómo se configura la subjetividad en este contexto de violencia proliferante. Así, con herramientas conceptuales del psicoanálisis, la fenomenología y la reflexión ontológica, este libro se aproxima –por decirlo con tenor deleuziano– a las dinámicas por las cuales toda la violencia del «afuera» (abordada en las líneas de este prólogo) *se pliega* en la subjetividad de los sujetos. En última instancia, son éstos quienes constituyen sus vínculos sociales y quienes experimentan o se desenvuelven e intercambios que devienen (o no) marcados por la violencia. Son los sujetos quienes, azotados por dinámicas de violencia de gran complejidad, finalmente terminan inmersos en una «fragmentación existencial», para usar un término del propio libro.

Al margen de los análisis panorámicos y sistematizaciones con respecto a la violencia (siempre necesarios y útiles), urge abordar también las dinámicas que nos constituyen como *sujetos*, toda la cartografía de las formas en que se consolida la subjetividad y ese es el puente que tiende el trabajo de Kevin Boileau. Se trata de desentrañar cómo los funcionamientos del sistema y las lógicas del poder del Capitalismo y el sistema liberal se pliegan en las subjetividades, dando pie a los funcionamientos de tenores violentos. Digamos, no basta –aunque sea necesario– sólo abordar críticamente las lógicas de la necro-política de la actual configuración del Capitalismo. Es importante y vital también comprender cómo aquellas se relacionan con la constitución estructural y ontológica de los sujetos. Buscar cuáles son los periplos que recorre la subjetivación en tiempos tan plagados de violencia estructural. Es allí donde este libro aparece con mayor fortaleza. En términos de su autor, se trata de prestarle atención (sin ánimo de que eso sea un limitante, sino más bien un punto de mira desde donde generar una grieta o una línea de fuga) a aquellas «dinámicas inter-relacionales» e «estructuras intencionales entre individuos».

En este sentido, es importante enfatizar el rol que una perspectiva de este tipo encarna: permite dialogar con las posibilidades micro-políticas de la respuesta. Si bien lo micro-político acontece

precisamente al nivel de las subjetividades<sup>24</sup> y supone operar en transformaciones que tienen lugar a ese nivel y que pueden abrir espacios a las configuraciones políticas más importantes, es necesario partir por comprender cómo aquellas se constituyen y cómo se configuran.

Es precisamente a partir de ello que se pueden concebir posibilidades de transformación. Caso contrario, si no se establecen puentes y flujos entre el análisis sistémico de las violencias «del afuera» y las dinámicas por las que éstas se pliegan en la subjetividad (como ocurre en este libro), las posibilidades de articular transformaciones micropolíticas se ven comprometidas.

Así, si bien es vital trazar una suerte de genealogía de aquello que puede dar pie a dinámicas de violencia en todo el tejido social, algo que puede ir desde la preponderancia ontológica del hombre por encima de la naturaleza (propia del humanismo), hacia el racionalismo objetual y transformador (propio del pensamiento moderno), hacia el despliegue de la lógica disciplinar y las dinámicas bio-políticas o gubernamentales, para devenir (en tiempos más recientes) sobre lógicas propias del control (abiertas y totales), las que además se condicen con dinámicas de lo neoliberal en su conjunto, si bien es vital trazar y explorar tal genealogía, no es suficiente. Resulta crucial, también, comprender las instancias de posibilidad que se despliegan en la constitución de las subjetividades. El libro que sigue, en buena cuenta, reflexiona en la cornisa de dichas dinámicas de constitución a nivel de los sujetos. Dicho de otro modo, cómo se constituye el sujeto en el marco de las dinámicas sistémicas de la violencia.

Y es partiendo de esa reflexión es que se pueden explorar posibles salidas y formas de erosionar a la violencia, precisamente proponiendo una crítica desde la comprensión de cómo opera ésta. Ello en contra-posición al círculo vicioso de lo que Kevin denomina como «self-actualization» y que corresponde con los discursos que de alguna forma apaciguan o aquietan las respuestas que debería despertar el desmontaje de la violencia. Así, pues, todo el aparato de la fármaco-psiquiatría o de la psiquiatría en su versión más banalizada y mercantilizada (como en el life-coaching), sólo despotencian las posibilidades de respuestas micropolíticas (de transformación de las subjetividades) con respecto a la violencia.

En cambio, para tratar de conseguir fundar una empatía radical que permita tender puentes para erosionar (a un nivel subjetivo) los muros que la violencia impone, urge considerar la importancia de analizar las dinámicas de constitución de los sujetos. La solución a nuestro entrapamiento político es, pues, micro-política. De modo que la labor es tener cuantas herramientas sean posibles para horadar la violencia en todas sus instancias, pese a lo sombrío del panorama o las circunstancias. Como refiere el deleuziano epígrafe de este texto, no cabe ni temer ni esperar: hay que buscar nuevas armas. Y nos urgen todas las armas posibles contra las formas de violencia. Este libro es una de ellas.

Para usar las palabras de Deleuze, «no hay tiempo para el temor ni para la esperanza, sólo queda buscar nuevas armas»<sup>25</sup>.

---

<sup>24</sup> Véase: Félix Guattari y Suely Rolnik. *Micropolítica. Cartografías del deseo* (Madrid: Traficantes de sueños, 2006).

<sup>25</sup> Gilles Deleuze, «Post-scriptum sobre...», p. 279